

2. Lo segundo, fué tambien glorioso, por los grandes milagros que hizo Dios á la presencia de este venerabilísimo cuerpo, porque aunque mientras vivió no hizo milagro, parte por humildad, parte por dejar esto á los Apóstoles y predicadores del Evangelio, y parte porque su vida toda era un continuo milagro muy mas glorioso que la vida del Bautista; pero en muriendo quiso su Hijo honrarla con esclarecidos milagros, como honra á otros Santos.

3. Y finalmente fué glorioso, porque puesto caso que los Apóstoles y discípulos sintieron la muerte de la Virgen tiernamente, pero es de creer que luego les daria nuestro Señor parte de la gloria de su Madre, llenando sus corazones de alegría espiritual, acordándose que tenian en el cielo á su Madre y abogada que miraria por ellos. Ó Virgen soberana, de la manera que puedo quiero acompañar vuestro cuerpo con mi espíritu y entrarme entre los dos coros de Apóstoles y de Ángeles, para cantar con ellos vuestras alabanzas. Justo era, pues que vuestro cuerpo fué sepulcro gloriosísimo donde el Verbo eterno estuvo como sepultado nueve meses, ahora se le diese sepulcro muy glorioso donde estuviese depositado por tres dias. Y pues toda la vida se ocupó en alabar y glorificar al Criador, y dentro de tres dias ha de volver al mismo ejercicio para siempre, razon era que en estos tres dias los Ángeles le sirviesen de lengua, para glorificar por ellos al que siempre glorificó. Gracias os doy, Verbo eterno, por la honra que haceis á vuestra Madre, por la cual os suplico me deis tal muerte, que merezca en su compañía gozaros para siempre en la gloria. Amen.

### MEDITACION XXXV.

DE LA ASUNCION DE LA VIRGEN, CUANTO AL ALMA, SOBRE TODOS LOS COROS DE LOS ANGELES, DE SU GLORIA ESENCIAL, Y DE SU CORONACION.

PUNTO PRIMERO.—1. Lo primero, se ha de considerar la gloriosa subida y entrada de la Virgen en el cielo empireo, porque en espirando, suelta ya su alma de las ataduras del cuerpo, en un instante voló al cielo y fué glorificada. Pero meditando esto á nuestro modo, como si hubiera sucedido poco á poco, primero ponderaré los dulces abrazos que se darian Madre é Hijo, en aquella primera salida, con un gozo inefable. Allí se cumplió lo que está escrito (1): Su mano izquierda está debajo de mi cabeza, y con su mano derecha me abra-

(1) Cant. II, 6.

zará; porque mientras vivió, la sustentaba con la contemplacion de los misterios y obras de su humanidad, signficada por la mano izquierda: pero en muriendo la abrazó y rodeó con la vista clara de su divinidad, figurada por la mano derecha. ¡Oh qué gozosa estaría esta alma benditísima en aquel primer instante! ¡Con qué afecto diria: *Hallado he al que ama mi alma; asirle he y no le dejaré* (1), hasta que me entre y lleve consigo á la casa de mi madre la celestial Jerusalem! Ó Virgen soberana, negociadme tal pureza de vida y tal ardor de caridad, que en saliendo mi alma de su cuerpo, luego dé en los brazos de su Amado, y suba con él á la casa de mi Madre, donde Vos, Madre mia, morais gozosa con vuestro Hijo, por todos los siglos. Amen.

2. Lo segundo, se ha de ponderar la ilustre compañía de las tres jerarquías angelicales que iban con la Virgen celebrando su Asuncion. Saludábanla, como dice san Atanasio (2), con varias saluciones de grande gloria, y gozábanse de llevarla á su ciudad soberana; dábanle el parabien de las grandezas que Dios habia obrado en ella, y á una voz entonaban todos la salutacion de san Gabriel, en que estaban sumadas sus grandezas; pero yo entregiriéndome con el espíritu en medio de estas jerarquías, alabaré á esta Señora, celebrando su triunfo, como los hebreos el de Judit. Ó Virgen gloriosísima, *tú eres gloria de Jerusalem*, así de la militante como de la triunfante. *Tú eres alegría de Israel*, así de los que ven á Dios por la contemplacion en esta vida, como de los que le ven claramente en la otra: *tú eres honra de nuestro pueblo* (3), porque obraste siempre varonilmente, y amaste la castidad, sin jamás conocer varon. Por esto serás bendita para siempre; y por tu causa serán benditos los que por tí fueren amparados.

3. Lo tercero, ponderaré como subia esta Señora, no llevada por manos de Ángeles, como fué llevado Lázaro el mendigo al seno de Abraham, sino por las manos de su mismo Hijo y en sus mismos brazos, pagándole con esto los servicios y regalos que le hizo en su niñez, trayéndole en sus brazos. De aquí procedió la grande admiracion de las jerarquías celestiales, cuando dijeron: *¿Quién es esta que sube del desierto llena de deleites, arrimada á su Amado* (4)? Como si dijeran: *¿Quién es esta que sube del erial del mundo seco y estéril, donde no hay otra cosa sino dolor y trabajo, y con todo eso sube rica, próspera y abundante, llena de deleites celestiales, estribando no en sí misma ni en los Angeles, sino en su Amado? De esta ma-*

(1) Cant. III, 4.—(2) Serm. de Assumpt. Virg.—(3) Judith, xv, 10.—(4) Cant. VIII, 5.

nera entró la Virgen en el cielo empíreo, con alegría inefable de todos los cortesanos celestiales y de la santísima Trinidad, porque el Padre eterno se gozaba de tener consigo á su querida Hija; el Hijo, de tener consigo á su dulce Madre; y el Espíritu Santo, de tener en su compañía á su amada Esposa. ¡Oh qué recibimiento tan alegre! oh qué besos de paz tan dulces! oh qué abrazos tan amorosos! oh qué coloquios tan tiernos pasarían entre tal Hija con tal Padre, y entre tal Madre con tal Hijo, y entre tal Esposa con tal Esposo, y entre las tres divinas Personas, sobre honrar á tal Princesa! Todo esto tengo que venerar con silencio y admiracion, porque es mas de lo que puedo pensar.

4. De lo dicho tengo de sacar un entrañable deseo de seguir con el espíritu á la Virgen en esta jornada, comenzando desde luego á disponerme para ella.—Lo primero, en desamparar con el corazon al mundo, imaginando que para mí es un desierto, y privándome de los deleites sensuales que hay en él, para ser capaz de los espirituales.—Lo segundo, en procurar subir cada día y aprovechar en virtud, no estribando en mis fuerzas, ni arrimándome á brazo de carne, sino al brazo de Dios, poniendo en él mi confianza.—Y lo tercero, en procurar alegrarme siempre en Dios y en las cosas de su servicio, de modo que abunde en sus gracias y dones, y sea, como dice san Pablo, rico en Cristo (1), sin que me falte alguna gracia, esperando con gran fiducia el día en que se me ha de manifestar su gloria.

PUNTO SEGUNDO.—1. Lo segundo, se ha de considerar la gloria esencial del alma de la Virgen nuestra Señora; porque si á todos los justos, dice Cristo nuestro Señor, se les dará medida buena, llena, apretada y colmada (2). ¿qué medida daría á su Madre? Si con la medida que midiéremos hemos de ser medidos, quien nunca quiso tener medida limitada en amar y servir á Dios, ¿qué medida cae si sin medida recibirá del mismo Dios? La medida de la Virgen, en el servicio de su Hijo, siempre fué buena con todo género de bondad, sin mezcla de culpa; llena de todas gracias y virtudes, con plenitud de buenas obras, sin que le faltase ninguna de sus circunstancias; apretada con trabajos y mortificaciones; colmada y muy sobrada con la observancia de los consejos evangélicos, haciendo mucho mas de lo que tenia obligacion, y deseando siempre hacer mas, sin poner tasa ni medida á sus deseos; pues si Dios premia á los justos con medida de gloria, mil veces mas excelente que

(1) I Cor. i, 7. — (2) Luc. vi, 38.

sus servicios; ¿cómo premiaria la medida tan excelente de su Madre? Solo el mismo Dios que se la dió, y la Virgen que la recibió, pueden conocer la inmensidad de esta medida; á nosotros bástanos saber que la Virgen quedó llena, harta y satisfecha, experimentando lo que está escrito: *Satiabor cum apparuerit gloria tua: hartaréme cuando se me descubriere tu gloria* (1). Diríala Dios nuestro Señor lo que dijo Holofernes á Judit: *Bebe, hártate, y descansa con alegría, porque has hallado gracia en mi presencia* (2). Y responderia la Virgen como Judit: *Beberé, Señor, porque mi alma ha sido engrandecida en este día, mas que en todos los demás de su vida.*

2. Bebió la Virgen, y quedó harta, porque su entendimiento quedó harto y satisfecho con la vista clara de Dios trino y uno, bebiendo de aquel mar inmenso de su infinita sabiduría, con tanta abundancia, que los Querubines, que se llaman plenitud de ciencia, en su comparacion están como vacíos. Su voluntad quedó harta con el amor beatífico de Dios, entrando en la bodega de sus vinos, y bebiendo del vino de la caridad hasta embriagarse con tanto exceso de amor (3), que los Serafines, que quiere decir encendidos, en su comparacion están como helados. Su espíritu todo quedó harto con la posesion pacífica del bien infinito que habia deseado, engolfándose en el mar de los gozos de su Señor, y bebiendo del río impetuoso de sus deleites (4), con tanta plenitud, que en su comparacion los Ángeles están como sedientos.

3. Finalmente, entonces echó Dios el resto de su bondad y omnipotencia en hartar los deseos de su Madre, con toda la hartura que convenia á una pura criatura, premiándola las veces que ella le habia dado á beber, no un cáliz de agua fria, sino de leche de sus pechos hasta hartar. Entonces la puso él á los pechos de su divinidad, para que se hartase con la dulzura infinita de su leche. Entonces tambien la premió la bebida del cáliz amargo que por su causa recibió en la pasion, dándole á beber el cáliz dulcísimo de su gloria, con el cual echó en olvido todas las amargas pasadas, porque incomparablemente fueron mayores las dulzuras; enjugó del todo sus lágrimas, desterrando para siempre el llanto y el dolor, y todas las miserias del hombre viejo (5), renovándola con las dotes gloriosas del hombre nuevo. Ó Virgen gloriosísima, gózome de vuestra gloria y del gozo y hartura que teneis en esa mesa del cielo, donde estais sentada con vuestro Hijo y á su lado (6), comiendo y bebiendo lo

(1) Psalm. xvi, 15. — (2) Judith. xii, 17. — (3) Cant. ii, 4.

(4) Isai. lxvi, 12. — (5) Apoc. xxi, 4. — (6) Luc. xxii, 30.

mismo que él come y bebe: mejor merecis este asiento y esa har- tura que los Apóstoles, pues permanecisteis con él en sus tentacio- nes mas fielmente que todos ellos. Y pues la medida que se os da es tan copiosa, acordaos de los hambrientos y sedientos que vivimos en la tierra, repartiendo con nosotros algunas migajas de ella. De aquí tengo de sacar un propósito grande de imitar á la Virgen en la medida con que sirvió á Dios, con las cuatro condiciones dichas, animándome á ello con la esperanza de la gloria, que Dios me dará mil veces mayor que mis obras, por lo que de su naturaleza mere- cian, por lo cual dijo san Pablo: *Que no igualan las pasiones de esta vida con la gloria que esperamos en la otra* (1).

PUNTO TERCERO. — 1. Lo tercero, se ha de considerar la corona- cion de nuestra Señora, con las demás circunstancias de su gloria. Porque lo primero, la Virgen sacratísima fué levantada sobre los nueve coros de los Ángeles, á gloria incomparablemente mayor que la de todos ellos, sentándola su Hijo á su mano derecha en un trono de grande majestad, con mayores muestras de amor que Salomon sentó en otro trono á su madre Betsabé (2). Allí se cumplió lo que está escrito: *Asistió la reina á tu mano derecha vestida con un vestido de oro, y adornada con variedad* (3); porque así como de Cristo nues- tro Señor se dice estar á la diestra del Padre, en cuanto goza los mejores bienes de gracia y gloria que hay en el cielo; así la Virgen está á la diestra de su Hijo, porque despues de él tiene mas alto grado de gloria sobre todos los coros de los Ángeles, y de los demás espíritus bienaventurados: porque cuanto es mas glorioso (4) el nombre de madre que el nombre de criado, tanto es mas alto el trono de la Virgen que el de los demás. Gózome, ó Reina de los An- geles, de la alteza de vuestro trono; sea para bien ese asiento á la diestra de vuestro Hijo. ¡Oh cuán bien os está esa vestidura de oro de caridad, bordada con tanta variedad de virtudes! Si el primer ángel, que despues se perdió por su soberbia, estaba en el paraíso adornado con nueve géneros de piedras preciosas (5), esto es, con las perfecciones de los nueve coros angélicos (6), ¿cuánto mas adorna- da estaréis Vos con todas las perfecciones de las piedras vivas y preciosas de esa celestial Jerusalem? Mirad, ó Madre de misericor- dia, mi desnudez, y negociadme la vestidura de bodas, que es la caridad con la pedrería de las demás virtudes, para que sea digno

(1) Rom. VIII, 18. — (2) III Reg. II, 19. — (3) Psalm. XLIV, 10.

(4) Hebr. I, 4. — (5) Ezech. XVIII, 13. — (6) D. Greg. lib. XXVIII Moral. c. 18.

de parecer en la presencia de mi Dios, y gozar de él en vuestra com- pañia. Amen.

2. Lo segundo, fué coronada de la santísima Trinidad con coro- nas preciosísimas. El Padre eterno la coronó con corona de potes- tad, concediéndola, despues de Cristo, poderío sobre todas las cria- turas del cielo y de la tierra y del infierno, cumpliéndose tambien en ella aquello del salmo: *Coronástele de honra y gloria, y contituis- tele sobre las obras de tus manos* (1). El Hijo de Dios la coronó con corona de sabiduria, dándola conocimiento claro, no solamente de la divina Esencia, sino de todas las cosas criadas, y de todas las que pertenecen á su estado de Madre y abogada nuestra. El Espíritu Santo la coronó con corona de caridad, infundiéndola no solamente el amor de Dios, sino el amor encendidísimo de los prójimos, con un celo ardentísimo de su bien y salvacion. ¡Oh qué admiracion y pasmo tuvieron las tres jerarquías angélicas, cuando vieron á la Virgen con tales coronas! Los Serafines se admiraban del ardor de su caridad; los Querubines de la plenitud de su ciencia, y los Tro- nos, de la abundancia de su paz; las Dominaciones de la grandeza de su potestad; las Virtudes, de la excelencia de sus dones, y los demás Ángeles, de la soberanía de su perfeccion y santidad. Góza- te, ó alma mia, de esta corona de la Virgen; alégrate, que tienes Madre en el cielo, de tanta potestad y grandeza, que puede con su intercesion remediar tus miserias; y de tanta sabiduria, que sabe muy bien todas tus necesidades, y entiende tus deseos y oraciones; y de tanta caridad y celo, que desea mas que tú el cumplimiento de ellas. Ó Madre dulcísima, coronada de vuestro Hijo con misericor- dia y abundancia de misericordias (2), suplicadle que me corone con ellas en esta vida, para que alcance la corona de la otra.

3. Demás de esto, la santísima Trinidad coronó á la Virgen con las tres coronas de gloria accidental, que los teólogos llaman lauréolas ó coronas de laurel, que nunca pierde su verdor: conviene á saber, lauréola de virginidad, de martirio y magisterio, porque esta Señora fué virgen de las vírgenes: fué mártir en la pasion de su Hijo, al modo que arriba se dijo (*medit. XLVII de la parte IV*), y fué maestra de nuestra Religion, enseñando los misterios de la fe á los mismos maestros de ella. Ó Reina soberana, ¡cuán bien mere- cidas teneis estas coronas en el cielo por los copiosos frutos que lle- vásteis en la tierra! Llevásteis fruto de treinta como virgen, y de sesenta como maestra, y de ciento como mártir (3); justo es que á

(1) Psalm. VIII, 6. — (2) Psalm. CII, 4. — (3) Matth. XIII, 23.

tales trabajos respondan tan preciosas coronas, y para que yo sea digno de ellas, alcanzadme que lleve fruto copioso de santas obras.

4. Últimamente, fué coronada esta Señora con la corona de doce estrellas, de que se hace mencion en el Apocalipsis (1), porque como concurren en ella las grandezas y virtudes de todos los órdenes de santos que hay en el cielo, así fué coronada con los premios de todos ellos, figurados por las doce coronas de los Patriarcas; la luz y contemplacion de los Profetas; la caridad y celo de los Apóstoles; la fortaleza y magnanimidad de los Mártires; la paciencia y penitencia de los Confesores; la sabiduría y discrecion de los Doctores; la santidad y pureza de los Sacerdotes; la soledad y oracion de los Ermitaños; la pobreza y obediencia de los Monjes; la caridad y limpieza de las Vírgenes; la humildad y sufrimiento de las Viudas, con la fidelidad y concordia de los Santos casados; y por consiguiente recibió los premios y coronas de todos ellos con exceso incomparable, porque á ella cuadra con gran propiedad lo que dice el Sabio: *Muchas hijas allegaron para sí riquezas, pero tú has excedido á todas* (2), que es decir: Muchas almas allegaron grandes tesoros de merecimientos y virtudes, pero tú allegaste mucho mas que todas ellas.

5. Levántate, pues, alma mia en el espíritu, y mira con los ojos de la fe á esta Madre del verdadero rey Salomon, con la corona de gloria con que la coronó su Hijo en el día de su entrada en el cielo, y en el día de la alegría de su corazon. Contempla el inefable gozo de esta Reina soberana, y el afecto con que renovaria su antiguo cántico, diciendo: *Mi ánima engrandece al Señor, y mi espíritu se alegró en Dios mi Salvador, porque miró la pequeñez de su sierva: desde hoy mas me llamarán bienaventurada todas las generaciones, porque ha obrado en mí cosas grandes el que es Todopoderoso, y su santo nombre* (3). Ó Virgen gloriosísima, ya pueden todas las generaciones del cielo y de la tierra llamaros á boca llena bienaventurada, pues teneis en posesion lo que hasta aquí teniais en esperanza. Grandes cosas obró siempre en Vos el que es Todopoderoso; pero el día de hoy echó el sello á todas con la corona de gloria que os ha dado en premio de vuestra humilde pequeñez. Coronada estais de estrellas, porque los santos que os siguieron son gloria y corona vuestra, y por vuestra intercesion y ayuda alcanzaron sus victorias. Y así con mucha humildad arrojan sus coronas á vuestros piés (4), reconociendo que

(1) Apoc. xii, 1. — (2) Prov. xxxi, 29. — (3) Luc. i, 46. — (4) Apoc. v.

por vuestro medio las ganaron. Ó abogada piadosísima y medianera poderosísima, socorredme con vuestra intercesion, para que yo tambien sea gozo y corona vuestra, peleando con tanto valor en esta vida, que por vuestro medio gane la victoria; y alcance la corona eterna de la gloria. Amen.

### MEDITACION XXXVI.

DE LA ASUNCION DE LA VIRGEN, CUANTO AL CUERPO, Y DEL LUGAR QUE TIENE EN EL CIELO.

PUNTO PRIMERO.—1. Lo primero, se ha de considerar la incorrupcion del cuerpo sacratísimo de la Virgen, los tres dias que estuvo en el sepulcro, conservándole Dios con la misma entereza que tenia en vida (*Parte II, meditacion III*); porque así como esta Señora, aunque concebida por el orden natural de los demás hombres, fué por especial privilegio preservada su alma de la corrupcion de la culpa, como en su lugar se dijo; así tambien aunque murió su muerte natural, como los demás hijos de Adán, por privilegio especial fué preservado su cuerpo de la corrupcion, que fué pena de la culpa, de modo que no cayese en aquella maldicion que echó Dios al hombre cuando le dijo: *Polvo eres, y en polvo te has de volver* (1). Las causas de este privilegio fueron tres.

2. La primera, en premio de su pureza virginal, la cual fué milagrosa y nunca oida, con gran firmeza de voto y con grande constancia por toda su vida; y así habia de ser premiada con premio milagroso y extraordinario, pero muy proporcionado, conservando la entereza de cuerpo tan puro, sin corrupcion por toda la eternidad.—La segunda causa fué, en premio de la extraordinaria y milagrosa pureza y santidad de su alma, en la cual nunca hubo gusano de culpa que la mordiese, ni polvo de pecado que la manchase, ni resabio alguno del Adán terreno; y así era muy conveniente que los gusanos no tocasen á su cuerpo, ni se convirtiese en tierra ó polvo, á semejanza del cuerpo del Adán celestial, por cuya santidad dijo David: *No permitirás que tu santo vea corrupcion* (2).

3. De aquí nace la tercera causa, porque así convenia á la honra de Cristo nuestro Señor, cuya carne era como una misma cosa con la carne de su purísima Madre, por haber sido tomada de ella; y como su carne nunca experimentó corrupcion; así dice san Agus-

(1) Genes. iii, 19. — (2) Psalm. xv, 10.